

LA QUINTRALA O TIEMPOS SIN HOMBRES

Los Padres Agustinos se ríen calladamente mientras nosotros divagamos. Ellos están en el secreto.

¿Quién hizo a la Quintrala?

Don Benjamín Vicuña Mackenna.

Era don Benjamín un descubridor y un creador de personajes, algo así como un anticuario de magia que fuera dando vida con un soplo de su boca a las momias encontradas por él en el subterráneo de un castillo invadido y deformado por el jaramago y los nidos de lechuzas. Don Benjamín hizo la novela.

Una vez echada a volar esta novela, no hay poder humano capaz de detenerla. Además de eso contiene los elementos primordiales para evolucionar incansablemente. La historia no ha sido jamás un dogma susceptible de ser encerrado en la uniformidad de un cerebro. Por lo mismo agradezcamos a don Benjamín y digamos de él, como de don Diego Barros Arana, que no podríamos hacer nada importante en el campo del recuerdo de los hechos pasados en nuestra tierra sin salirnos del espacio que cubre su augusta sombra. De la muñeca polvorienta e ignorada en algún escondite medroso como esos subterráneos de frailes que entretienen la fantasía popular, don Benjamín hizo una figura imperecedera del siglo heroico, mitad ángel, mitad demonio, salvada, al fin, como las santas.

Que don Benjamín se equivocó, lo sabe todo el que haya puesto atención en la época de los sucesos y en el laberinto de opiniones, de datos y de documentos contradictorios. En el fárrago queda flotando la mujer de la Conquista, acabado modelo de compañera para esos hombres de cuya hazaña dijo el historiador norteamericano: **the most marvellous feat of manhood in all history** (Lumnis).

Por lo mismo esta leyenda, que hemos querido ennegrecer, apasiona en crescendo. Los libros referentes a la Quintrala desaparecen bien pronto de las librerías. Personas interesadas preguntan: ¿Dónde encontraré una Quintrala?

Quedan en venta una edición del libro iniciador de D. Benjamín (Editorial Cultural). Quedan ejemplares de la interesante novela de Magdalena Petit. Los libros de Díaz Meza y de Carlos Barrera se agotaron. La edición de Ziz-Zag, presentada por el señor Jaime Eyzaguirre, comentada más tarde en ensayo de Raúl Silva Castro, se agotó (Ziz-Zag 1945). Hernán Díaz Arrieta, Alone, en la entrevista eclesíastica desarrollada en la penumbra, bajo la dolorosa contorsión del Señor de Mayo, preguntó al Padre Agustino, que entonces "corría con la venerada imagen": ¿Qué hay de verdad en toda esta leyenda? El Padre respondió que nada o casi nada, y atribuyó el crédito y la difusión a los prodigios conseguidos por la fantasía desatada de don Benjamín. Lo que no podríamos negarle a don Benjamín es su rango de Príncipe de la crónica en Chile.

Nuestro pueblo quiere leyendas y cuentos fáciles de entender. Don Benjamín nos regaló un cuento auténtico, de aquí, como la sustancia de Chillán y el dulce de La Ligua. La Quintrala es chilena. En cambio, Joaquín Murrieta es adaptado y Pedro Urdemales vivió antes de Colón. Nuestro deber consiste ahora en filtrar a la Quintrala. Si al pueblo le agra-

dan las historias de maldad, entonces haremos lo siguiente: Probaremos que el corazón de la Quintrala oía mejor que el corazón de su viejo acusador.

Historias de mujeres fuertes, crueles en el trato de su servidumbre, malgeniadas, conocedoras de la magia y capaces de dirigir sus trabajos sin ayuda de hombres, se encuentran enquistadas en la historia colonial de las diversas regiones de nuestra América, a manera de interludios sociales, a veces jocundos y otras veces terribles, como cuentos para propagar el miedo al infierno.

En Chile no hubo una Quintrala, sino varias docenas. Lo que una persona debería preguntarse es lo siguiente: ¿Pudieron las mujeres de los conquistadores llevar una vida apacible, muelle y de abandono? Es claro que no.

Un cuadro somero de la época de nuestra Quintrala sería bastante útil para volverla a su justo quicio. Santiago era poco más que tambó, esto es, pasajera estación de conquistadores y de soldados. La guerra de la Frontera tragaba los ducados del Situado y tragaba los guzmanes de Lima. Las mujeres quedaban solas en sus casas de las poblaciones o en sus ranchos campestres, circundadas por peligros que ahora serían inimaginables para miles de lectores. La corrupción en el grueso del ejército, compuesto por yanaconas, cholos, indios chilenos y zambos, era indescriptible. Tras de esas tropas de dudosa moral seguían turbas de mujerzuelas llamadas "rabonas". Por primera vez en la historia de las Indias los conquistadores sufrían derrotas absolutas. La guerra solía ser el negocio de los chupópteros, los primeros palos gruesos nacionales, mediante negociados en la distribución de los alimentos, el vestuario y demás para la tropa. La mitad del presupuesto (situado), de cien mil ducados, quedaba en manos de los proveedores, en Lima, en Potosí, en Santiago y en Penco. En 1608, cuando la Quintrala contaba cuatro años, dice Gay que la miseria y la desolación en Chile hicieron pensar a las autoridades en retirarse a Lima y abandonar la Colonia.

En Perú se hizo corriente un dicho: "¡Guárdate, que te mandarán a Chile!" Los conquistadores residían de

preferencia en el Sur, y los habitantes de Santiago, en su mayoría frailes, viudas, monjas, niños y esclavos, no hubieran sabido decir cuál era mayor desgracia, si la llegada de la soldadesca vacante de la frontera o un malón de indios. En el Nuevo Mundo los españoles, cuando no empleaban sus energías en el combate, enmohecían como sus tizonas, se tornaban flojos, enervados y viciosos. En cambio, las mujeres, a la inversa se endurecían. La mujer sola, entre los críos y la servidumbre negra o india, se convirtió en marido, en padre y madre a la vez. Los indígenas conocían los secretos de la tierra mejor que los blancos y los mestizos; se entendían entre ellos mediante misteriosas señas. Dé pronto, sin causas aparentes, desertaban para no regresar nunca, llevándose enseres, armas y alimentos, en las carretas. En una de sus primeras ordenanzas, Valdivia dispuso que serían cortadas las manos del que fuera sorprendido en el acto de arrojar piedras o flechas a las yeguas.

Agreguemos al cuadro, antedicho las inundaciones, las pestes, los temblores de la tierra y los raptos de mujeres blancas. Entonces podremos comenzar a entender algo.

Las mujeres sin hombres se comportaban de manera más recia que las otras. Los hombres se van, entonces ellas se hacen una caparazón defensiva. Las santas y las grandes organizadoras fueron

mujeres solas. Cuando lei una historia reciente de Gabriela Mistral permanecí asombrado por no haber conocido antes una circunstancia que me pareció esencial. Dice así: "Nació Lucila Godoy Alcayaga, la futura Gabriela Mistral, en Vicuña (Elqui) en el año 1889. Su padre, maestro y poeta, desapareció un día del hogar, cuando su hijita era una tierna pequeña, para no volver más".

¡Oh! Maravilla de la luminaria. Ahí está todo. Mujer sola, niña sola, criatura sola. Los padres partían, los maridos partían. Las madres callaban y se hacían fuertes. Las viudas, las mujeres solas, se hacían monjas, se hacían conquistadoras o santas. En 1611, con trescientas casas, Santiago tuvo cuatrocientas monjas. Ya veremos como la Quintrala quedaba siempre sola.

J. E. B.